

Tormenta de julio *(de emociones ennegrecidas que luego traen luz)*

Julio se va, fue un mes turbulento, de desafíos inauditos, de preguntas y respuestas, de observación incesante, de silencios profundos, y de tanto aprendizaje.

Fue un mes de soledad, de profunda e intensa soledad, de encontrarme a mi misma en todas las facetas, de shockearme por momentos con lo que estaba viendo que acontecía en mi mundo interior. Toda una enciclopedia de variedad temática, signada por un fuerte dolor en cada una de sus páginas.

Julio produjo un estallido y salieron todas las clases de emociones que creía controladas. Me asusté de mí, de quien en un momento afloró como huracán revoltoso que se llevó puesta la supuesta calma en la que estaba y dejó un tendal de heridas a flor de piel.

¿Qué hacía con esas heridas que había creído sanadas? ¿Qué hacía, por donde empezaba a limpiar el descontrol que me desanimaba? Llegaron la furia y la ira, después la tristeza y la culpa que la acompañaba. Era mi propio egregor enfrentándose burlón, mostrándose todo lo que aún faltaba.

Recurrí al silencio y a mi templo que por más que parecía medio destruido, siempre me llama, me cobija y me abriga. Me abracé a mis perros, me encerré en ellos, en el mundo de su ternura infinita. Escuché latir esos corazones con el ritmo que sólo ellos conocen sin esfuerzo, ese amor incondicional que todo lo perdona y que sana, sólo sana. Ese amor incondicional que vinimos a recordar que somos y del cual ellos son nuestros maestros.

Faltan algunos pocos días para que termine julio, aún no logro salir del capullo. Me cuesta ir al trabajo, ni que decir está con amigas, mucho menos con gente desconocida. No aguanto el ruido, todo me aturde y me da ese espasmo del que necesito refugiarme en casa.

No dejé de hacer nada de lo imprescindible, pero le di un orden a mis días, ocupé mis mañanas en hacer mucho más que el trabajo, que la tarde y la noche queden libres, sin tiempo, sin nada, vacía para mí vacía, vacía para estar conmigo... y mis perros, y los ratos mágicos, cortitos o más largos, que paso con mi hijo.

Julio trajo un quiebre, y mucho de lo que estaba latente, pero dormido, afloró en un solo grito. Ya no me asusto de estos “gritos”, los agradezco, los recibo, de una estampida pueden tirarme al suelo, pero desde ahí los miro. Desafiante los miro, intrigada los miro, perpleja, adonde estaba este huracán dormido. Pero lo asumo, adentro mío.

Hace años estoy en este camino, sanando, limpiando, purgando, transmutando, dejando que resucite la auténtica, genuina y real versión de mí, aquella con la que

fui creada, la que fui olvidando y moldeando con el paso de los siglos, historias tras historias, personaje tras personaje.

Al principio empecé este viaje de retorno a “casa” con miedo, bastante perdida, buscaba una salida a tientas, fui encontrando las herramientas, fui escuchando, viendo, sintiendo, fui poco a poco comprendiendo adonde estaba la salida a una vida poblada de sufrimiento, inmersa en la rutina, repleta de gente apurada, de exigencias y de muchas cosas sin sentido. Adonde estaba esa puerta que abría para adentro. Allá lejos sentadita en un rincón esperando, estaba a quien hoy llamo con mi nombre, a quien hoy perdono, con quien hoy converso en extensos diálogos internos en los que ya – maravilloso logro – no me reto.

Retarme, castigarme fue un error, un patrón aprendido, creo que muchos lo compartimos, nos retaron en tantos lados desde niños, y cada vez que fuimos niños, en las diversas etapas y en las diversas vidas nos retaron y retamos, aprendimos a retornos y a ser duros con nosotros mismos. Un error, y como todo error, tiene solución, con amor, paciencia y comprensión vemos ese duro error, esa manera equivocada y dañina que ya no queremos, debemos entre todos soltar ese patrón aprendido.

Cuando surgen estos monstruos dormidos, se que detrás de ellos estoy yo, que no soy ellos. Las heridas que claman sanación, no me definen, sólo me piden ser atendidas con amor, de otra forma se revelan y en momentos inesperados, como en este mes de julio, dan el zarpazo para que las vea. Lo quiebran todo, dañan hasta lo impensado, pegan ahí donde duele, para que uno las atienda. A mi me quebraron un sueño que ya creía eterno, y al quebrarlo me mostraron todo lo callado, lo no pedido, todo lo que me había olvidado de mi nuevamente, me había salido de eje, me había perdido. Me enojé con otro y me enojé conmigo.

El enojo, como toda emoción rebelde, si se pasa por alto, de él no se aprende. No deja nada bueno, sólo rabia y resentimiento. Velos. Oscuros y densos velos. Si lo veo, si lo observo, si de a poquito lo miro con ternura y le ofrezco el perdón, el enojo se muestra desnudo, desvalido, pierde su fuerza y habla con corazón herido. Lo que tenga para mostrarte será tu desafío, por ahí será el nuevo camino.

Hoy escribo sobre esto, porque muchos creen erróneamente que el camino de la sanación es fácil, basta con repetir unos mantras y con sostener pensamientos positivos cuyas frases bonitas hemos leído. Una amiga muy querida, con todo su amor me preguntó cómo alguien como yo – utilizo sus palabras - que ayuda a tanta gente y que “sabe tanto” puedo estar de esta manera, tan hundida, tan callada, con tanta tristeza.

Con todo mi amor también, porque la amo, le respondí que el camino es arduo. Que quizás estoy en la última etapa y que lo que queda en el fondo, es aquello que está más enraizado, lo último que vemos, aquello a lo que más tememos. Que esto no me inhabilita a ayudar a otros, pero que el trabajo es conmigo. Soy consciente del lugar al que me dirijo, soy consciente de mi meta, que está más allá del tiempo y el espacio tal como lo conocemos. A ese lugar bello no se llega con mochilas, se requiere trabajo sincero y humilde, valentía para enfrentar las sombras y elegir ya no cargarlas, salirse de los supuestos, desaprender lo aprendido, abrir el corazón y la mente a las nobles verdades en cuyo valle mora la auténtica paz y la alegría de saber quienes somos. Allí recién estaremos listos para el viaje que nos eleva, una nueva vida, una vida plena, en la que seguiremos aprendiendo, experimentando, siendo quienes somos, pero libres y livianos... sin añejadas mochilas.

Resumiendo, quien emprenda este camino, siéntase orgulloso de hacerlo y sepa que la auténtica sanación no es para tibios.

A más verdades reveladas, a mayor conocimiento de uno mismo, uno tiene más herramientas, pero el trabajo es un continuo y el camino se pone áspero por momentos. Pero ya no hay retrocesos y si así pareciera, son sólo momentos para tomar un nuevo impulso y los saltos se hacen cada vez más grandes.

La luz que trae la verdad es incomparable, potente y constructiva.

Esa luz se encuentra adentro y se alimenta sólo de lo que es cierto.

El miedo, la culpa, la ira, la frustración, la tristeza arraigada, la desesperanza, la crítica, los juicios, las condenas, la rabia, siempre ocultan algo que no se encuentra a simple vista. “Nunca estás enojado por el motivo que crees”, me enseñó mi maestro, y las cosas nunca son lo que parecen. Y así es.

Buscar detrás de lo que creemos real, buscar la causa profunda, cambiarnos las lentes para ver en las profundidades de nuestro océano, reafirma esas verdades. Porque nunca nada es afuera, todo es adentro. Nunca es el otro, lo más probable es que sólo sea el mensajero de lo que hay adentro.

Y así empezó julio, con una fuerte tormenta y destruyendo un sueño... y poniendo sobre la mesa de mi conciencia las heridas aún dormidas.

No me quedé estancada, no elegí hacerme la dormida, no elegí distraerme, no elegí guardarlas en el olvido. Elegí enfrentarlas, otra vez desde mis dos pilares: la Fe y la valentía.

Te invito una vez más a elegir este camino, a que no temas introducirte en un mundo que creés desconocido. A que te abras a las verdades que hoy se están

compartiendo como el agua, entre almas sabias y viejas, que transitan por la vida en cuerpos jóvenes y vitales, o quizás sobrellevando enfermedades, dolencias, pero entendiendo el para qué de lo que pasa, sus para qué, cargando las aparentes cargas con una sabiduría adquirida que te admira.

Hoy hay tanta verdad revelada que te sana, siempre para almas despiertas y con ganas. Tantas voces compartiendo, no te quedes con lo viejo, animate a sanar tu incompreensión, animate a mirate de otra manera, animate a ver tus sombras y el por qué te acompañan.

Me gustaría escribir mil cosas, pero no quiero enredarte. Habrá quizás nuevos escritos, para contarte sobre estas verdades.

Por lo pronto te repito, no le temas a tus tormentas, no creas que el camino de la sanación es lineal y que se acaban los desafíos, pero animate a transitarlo. Usá las herramientas.

Conversá con otros que estén en el camino, compartí las experiencias, seamos humanos, pero humanos divinos, de aquellos que sabemos que hay algo que nos hemos olvidado, pero que yace debajo de nuestros miedos, de las ilusiones que fabricamos, que espera calmo y entusiasmado a que escuchemos su llamado.

Las tormentas desarreglan lo que supuestamente está ordenado, y cuando termina su descontrol y devastación y volvemos a poner la casa en orden, vemos que este es otro, que ya hay cosas que no están, otras que han cambiado de lado, se creó un nuevo orden, más pacífico, en el que entra con más fuerza la luz, la claridad. Nos sentimos más cómodos, más a gusto, se renuevan las ganas de seguir avanzando.

Así fue mi tormenta de julio. Ya está pasando, la enfrenté con mis diversos estados de ánimo, pero sostenida en la verdad que ya he ganado después de años de iniciar este camino, acompañada y sostenida por quienes son mis amados guías.

Trabajando, trabajando, trabajando, voy sanando...

Que nunca me olvide: YO SOY IMPULSO HACIA ADELANTE. (y vos.... ¡También!)

